

Cuento: Vida inyectada

Por: Angie Silva Valencia

Nuria abrió los ojos y miró a su alrededor: miradas perdidas, cuerpos delgados, agujas y tubos que sobresalen de ellos llevando líquidos a su torrente sanguíneo. De su propio brazo salían tubos, pero el líquido de su interior ya se había agotado.

Cuando se llegó a un punto sin retorno, la Tierra había sufrido ya muchos estragos a manos de la humanidad. El oxígeno era muy escaso, los pocos árboles que quedaban murieron, de los animales solo sobrevivieron pequeños insectos, como las cucarachas y los cucarrones.

La polución llegó a un nivel tan alto que casi la mitad de la población murió a manos de los virus y las pestes que fueron apareciendo. Algunas hacían que sus pulmones fuesen del color del carbón, a otros la piel se les iba cayendo, como cuando uno raspa con monedas una de esas boletas que tienen claves o números ocultos. Otros se volvían hipersensibles a la luz y solo podían abrir los ojos en la noche, pero anhelaban ver el mundo porque sabían que cada vez quedaría menos del que conocían, y por eso les sangraban continuamente. Los olores se perdieron, la sensación del viento, la frescura del agua.

Sin embargo, la humanidad perduró. Científicos austriacos trabajaron buscando una forma que le permitiese al ser humano sobrevivir sin oxígeno y sin agua. Colisionaron diferentes átomos a diferentes niveles de energía y, finalmente, lograron crear en el laboratorio una molécula capaz de reemplazar el papel del oxígeno en la cadena de electrones. Esta nueva molécula fue





bautizada Wohlstand, que significa “prosperidad”. Se fabricaba en el laboratorio y luego se dispersaba en el ambiente.

Esta molécula garantizó la supervivencia humana, pero al mismo tiempo condenó a las personas a vivir en un mundo donde el resto de la vida disminuía. Donde lo único que persistían eran los recuerdos: de las personas que habían perdido, de las sensaciones que ya no podían experimentar.

Fue así como surgieron los centros de emociones. Cuando las personas se sentían vacías, acudían a estos centros, donde las conectaban a tubos por los que les inyectaban líquidos; después se proyectaban videos de situaciones de la cotidianidad perdida, a través de una técnica parecida a la realidad virtual del pasado. Los líquidos eran químicos que disminuían la capacidad de razonamiento del individuo, pero activaban las regiones cerebrales que procesan las emociones.

La emoción que se pretendía infundir variaba cada cierto tiempo o consistía en una mezcla de emociones: los sujetos no iban en busca de la eterna alegría, sino de lo verdadero.

Ellos querían atravesar la tristeza más grande y después experimentar el alivio que da un remanente de felicidad, como cuando un hombre pierde a su esposa en el parto y también recibe a su hijo recién nacido en brazos.

Nuria se retiró la aguja y el tubo del brazo, que ya casi no tenía espacios limpios por las marcas de los constantes pinchazos. Se levantó de su silla, caminó a la salida y, antes de llegar, pasó junto a un señor de pelo blanco; su boca esbozaba una sonrisa, pero Nuria sabía que el líquido pronto acabaría.